

Guglielmo Cavallo (Dir.)

Libros, editores y público
en el Mundo Antiguo
Guía histórica y crítica

Versión española
de Juan Signes Codoñer

Alianza
Editorial

Título original: *Libri, editori e pubblico nel mondo antico. Guida storica e critica*

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

- © De la preparación, introducción y capítulo de Guglielmo Cavallo:
1975 Gius, Laterza & Figli Spa, Roma-Bari
- © Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-2815-8
Depósito legal: M. 14.606-1995
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

<i>Introducción</i> por Guglielmo Cavallo	11
---	----

LIBROS, EDITORES Y PÚBLICO EN EL MUNDO ANTIGUO

<i>Los libros en la Atenas de los siglos V y IV a.C.</i> , por Eric G. Turner ..	25
--	----

<i>Comercio librario y actividad editorial en el Mundo Antiguo</i> , por Tønnes Kleberg	51
--	----

I. Grecia y la época helenística	53
--	----

II. Roma y la época grecorromana	64
--	----

<i>Libros y público a fines de la Antigüedad</i> , por Guglielmo Cavallo ..	109
---	-----

Bibliografía	169
--------------------	-----

Ilustraciones	173
---------------------	-----

INTRODUCCIÓN

Los contemporáneos ensalzaron la gran invención que supuso la imprenta de tipos móviles, pero no podían anticipar sus múltiples consecuencias y su enorme repercusión, que se hacen patentes sobre todo hoy en día, en el ocaso de su parábola de cinco siglos, cuando el poder creciente de la comunicación mediante voces e imágenes transmitidas a distancia, y la aparición más reciente de instrumentos electrónicos de producción, transmisión y recepción del propio texto escrito, parecen querer poner fin a la era tipográfica. Comparada con las invenciones de nuestra época, la de la imprenta del siglo xv aparece, si consideramos todos los factores, menos revolucionaria: el libro impreso, de hecho, no modificó las estructuras básicas del manuscrito antiguo, puesto que repite los sistemas de fasciculación, la distribución de la página, las estructuras que mejor se podían adaptar a los caracteres impresos, los tipos de ilustración, el uso de la revisión y la corrección a mano. Sin duda, no obstante, la imprenta constituyó en todo momento un factor de cambio revolucionario en la cultura escrita, de tal forma que el camino de la historia moderna no se puede entender sin la técnica tipográfica ¹. Los caracteres móviles y la prensa hicieron que el manuscrito dejara de ser un objeto único con características propias y permitieron, por el contrario, la producción de textos uniformes y repetibles. Esto conllevó poco a poco una nueva predisposición mental en el lector,

una forma distinta de recibir los mensajes, de reaccionar ante ellos, de pensar, incluso de ser.

Pero ¿y antes del libro impreso? Antes, como se sabe, se desarrolló la cultura manuscrita, la de los talleres artesanales, de las celdas monásticas, de los centros escriptorios universitarios, de los escribas profesionales, de las transacciones individuales y privadas. El estudio de esa cultura más antigua del libro manuscrito, en sus aspectos de contenido, formales, anticuarios, sociales y económicos, está reservado a disciplinas especializadas: filología, papirología, paleografía, codicología, historia de los textos y de las bibliotecas, por sólo citar algunas. El peligro, hoy por hoy, es que los que cultivan esas disciplinas (y de modo más general, las ciencias de la Antigüedad) se conviertan en «píos necróforos»² encerrados en bibliotecas e institutos. La alternativa es «divulgar» determinados conocimientos: lo que significa por supuesto continuar reconociendo la necesidad de una investigación de detalle (sobre todo en un campo como el de la cultura manuscrita, en el que sólo un estudio minucioso puede ampliar el conocimiento dándole una sólida base), pero como fase preparatoria a una contribución de un valor más amplio y unitario, menos especializada. Significa igualmente interpretar, esclarecer, confrontar los diversos aspectos de la civilización libraria de la Antigüedad con las dimensiones de nuestro tiempo. La «divulgación», en cuanto simplificación, puede ser el único modo de hacer partícipes de la cultura antigua a nuevos estratos sociales (la cultura humanística se ha detenido siempre delante de las fronteras de clase: capas sociales tradicionalmente inculdas, aunque hayan entrado recientemente en el ámbito de la educación primaria, de la alfabetización o incluso de la cultura técnica y aplicada, han permanecido después fuera de la «humanitas»).

Las contribuciones que aquí se presentan tienen como punto de partida una investigación especializada más o menos explícita en sus datos analíticos; pero al mismo tiempo —no interesa si más o menos intencionadamente— «divulgan» una parte muy relevante de la historia del libro antes de la imprenta: la que atañe a la civilización grecorromana. En la medida en que se refieren a un espacio de tiempo que va, orgánicamente, desde la Grecia del siglo V a.C. al mundo taroantiguo del VI, no es necesario justificar con ningún argumento su recopilación aquí. Se pueden apuntar sin más una serie de notas introductorias a la lectura y a la interpretación de ciertos hechos, teniendo en cuenta el papel y la función que desempeñó el libro en la

sociedad grecorromana, con las implicaciones que de ello se derivan en el plano de las técnicas y sistemas de producción libraria.

La primera contribución, «Los libros en la Atenas de los siglos v-iv a.C.», escrita por E. G. Turner, intenta considerar qué papel había desempeñado el libro en Grecia desde el momento en que somos capaces de seguir las vicisitudes de la producción literaria, constatando que, aunque la escritura está atestiguada para usos diversos, el sistema de comunicación normal en el mundo griego de la edad arcaica y hasta finales del siglo v a.C. es el de la «oralidad»: composición oral o escrita de la obra, pero publicación (y recepción) confiada a una representación oral —*performance*— en determinados acontecimientos sociales, no a la escritura ni a prácticas de lectura directa o a través de la voz de un lector en forma privada ³.

Aun con matices diversos debidos a la difusión cada vez mayor de la alfabetización y a la progresiva consolidación del libro como instrumento de trabajo intelectual, los estudios recientes realizados sobre los elementos estructurales, los modos de expresión y las actitudes mentales de la primera producción literaria griega muestran mejor que nada que las situaciones de los dos siglos considerados por Turner, el siglo v y el iv a.C., son de todos modos muy distintas, ya que sólo para este último puede ser lícito hablar de una organización escrita de la cultura ⁴. Las condiciones mínimas necesarias para la producción de libros griegos (escritura alfabética y materiales escriptorios) existían evidentemente desde hacía tiempo y Grecia, incluso en la edad más remota «se enorgullecía de la escritura como de una obra de arte» ⁵. De ello son muestra tanto las letras como las formas —aunque más tardías (siglo iv a.C.) sin duda reflejo de estadios anteriores —de un papiro documental grecoegipcio recientemente sacado a la luz en Saqqâra, quizá el más antiguo conocido, anterior al Timoteo de Abusir y al texto órfico de Derveni. Sin embargo, la clave del problema está no ya en el uso de caracteres escritos o de materiales e instrumentos escriptorios, sino más bien en el tipo de placer literario; y tal placer, incluso en el siglo v, a pesar de ser ésta una época de lenta transición, fue auditivo (audición de textos), y no auditivo y visual al mismo tiempo (lectura de textos en voz alta, según la forma de lectura habitual en el mundo atiguo). Al menos en los primeros dos tercios de ese siglo la situación general en Atenas parece haber sido la de una separación creciente ante una alfabetización bastante difun-

dida con fines prácticos ⁶ (cuentos, cartas, marcas de propiedad, lectura de inscripciones) y un uso poco frecuente de los libros. La propia educación —más allá del nivel elemental— se confiaba al oído y la memoria.

No estamos capacitados para seguir todas las fases que marcan el paso de la experiencia oral a una técnica de transmisión y recepción de la cultura escrita basada en el libro ⁷. Por lo que indica Turner, testimonios coincidentes de pasajes literarios y de las pinturas cerámicas en el curso del siglo v son prueba del cambio de actitud. Se trató sin duda de un cambio lento, que condujo poco a poco al periodo en el que se fijó un método consciente de tradición literaria por medio de libros. Puede ser instructivo el confrontar al prosista más destacado del siglo v, Heródoto, el padre de la historia, con Tucídides: parece que Heródoto organizó todavía en diversas ciudades griegas lecturas públicas de sus obras, pero para Tucídides, de la generación posterior, resulta extraño el recitar su narración histórica para entretenimiento público. Esta es *ktèma es aèi*, «posesión inmortal», una obra no compuesta para declamaciones de escasa duración ante un auditorio, sino confiada a la escritura, al «libro», y por ello a la meditación de los lectores coetáneos y venideros. Se debe pensar por lo tanto que entre las dos generaciones de Heródoto y Tucídides tuvo lugar la transición de la oralidad a la cultura del libro.

Sin embargo, existían textos escritos antes y después de la cultura del libro y de la propia época de transición: ¿con qué finalidad? Se ha respondido que la escritura puede haber estado al servicio de la cultura oral para contribuir a la producción de palabras y sonidos ⁸, mediante los cuales se recibía y transmitía lo escrito. Pero sin duda escritura y libro —sobre todo en el caso de la prosa científico-filosófica— tuvieron también otra función, la de la fijación y conservación de los textos: una fijación que tenía lugar, por lo que permiten coleccionar ciertos testimonios, sobre materiales escriptorios pesados (sobre todo plomo, pieles, mármol), no destinados por lo tanto a una circulación rápida; y una conservación por lo general en los templos ⁹ o los archivos del estado ¹⁰, con el fin de salvaguardar la autenticidad y la fidelidad textual de la obra. Así pues, las primeras que hicieron uso de la palabra escrita parecen haber sido las castas sacerdotales y las clases dirigentes (y a la luz de esto, las fuentes más tardías, según las cuales Pisistrato y Polícrates habrían sido recopiladores de libros y fundadores de bibliotecas, pueden encerrar en el fondo algo de ver-

dad, aunque no toda; pero la hipótesis debe ser aún verificada)¹¹. Ciertamente, la difusión de la escritura y del papiro (material más ligero, menos costoso y más transportable) hizo que el libro asumiese un papel cada vez más importante como instrumento de trabajo intelectual, compitiendo con un sistema de transmisión del saber enteramente basado en el discurso oral dentro de restringidos círculos de elite. De ahí el sarcasmo de Aristófanes, que en *Ranas* 1114 dice que «todos tienen un libro en la mano»¹², o la ironía de Platón, que en la *Apología* 26 D hace decir a Sócrates que cualquiera podía comprar en el mercado copias de Anaxágoras al ridículo precio de una dracma, cantidad que no hay que tomar por ello muy en serio¹³. Todos podían hacerse «lectores» y la palabra escrita era temida por aquel que quería conservar un saber circunscrito a unos pocos. «O un libro o un Pródico ha arruinado al hombre»: de nuevo Aristófanes, *Tagenistai* (fr. 490 K); la polémica es sin duda contra los libros de los sofistas, pero quizá también contra los libros en general. Con todo, los sofistas habían descubierto qué valor podía tener la difusión del libro para instaurar un nuevo sistema cultural.

El rechazo de Platón hacia la palabra escrita es ya una postura retrógrada; se justifica cuando se piensa que «hasta su época el aparato educativo, como ha sucedido con frecuencia a lo largo de la historia, iba a la zaga del progreso técnico y prefería ser fiel a métodos tradicionales de instrucción oral, aun disponiendo de otras posibilidades»¹⁴ (de manera similar, a principios del siglo pasado en una sociedad de cultura oral como la de Tahití, la difusión del libro impreso no supuso una transición inmediata a una organización cultural centrada en la palabra escrita)¹⁵. Pero la tentativa de Platón podía ser incluso el propósito, desesperado, del intelectual y artista de sustraerse a la nueva técnica invasora.

La contribución de Tönnies Kleberg, «Comercio librario y actividad editorial en el mundo antiguo», satisface antes que nada la «curiosidad» que, a la luz de los actuales sistemas de producción editorial, provoca la circulación de libros griegos y romanos en la época de su máximo esplendor, desde los umbrales del siglo III a.C. hasta los siglos II-III d.C.

Ciertamente, con la edad alejandrina se abre la verdadera y auténtica cultura «libraria»: se consigue establecer toda una serie de normas técnico-librarias para la elaboración del rollo, se forman es-

crituras y estilos escriptorios en función de los libros y se elabora un sistema de pautas de lectura y de signos críticos para la edición de textos. El progreso de la palabra escrita había sido promovido, al menos en parte, por los antiguos sofistas y sus discípulos, pero por otro lado también las escuelas de sus adversarios, la Academia y el Perípató, usaron los libros, a pesar de las críticas de Platón, para salvar la obra de sus maestros. Aristóteles y sus seguidores acumularon una cantidad inmensa de libros: la primera biblioteca privada fue quizá la de Aristóteles, valiosa porque allí se encontraban los escritos originales del gran maestro. Éstos pasaron después en herencia a sus discípulos, primero a Teofrasto y de éste a Neleo, fueron adquiridos más tarde por un cierto Apelición de Teos y finalmente acabaron formando parte del botín de Sila cuando éste saqueó Atenas en el año 86 a.C.¹⁶

En el siglo III a.C. nace la filología «como disciplina intelectual autónoma» con el objetivo de comprender, interpretar y reconstruir la tradición literaria, los clásicos: «la misma existencia de la filología está subordinada al libro»¹⁷. Un hecho de importancia capital fue la fundación de las grandes bibliotecas helenísticas, que despertaron un nuevo interés por los libros, aunque se reservaron esencialmente a una elite de hombres cultivados. Grandes bibliotecas como las de Alejandría o Pérgamo no eran lugares de lectura o consulta de libros por parte de un público más o menos amplio, sino que servían, por una parte, para satisfacer la obsesión de *grandeur* de los soberanos, y, por otra, para permitir que en ellas se desarrollase la actividad intelectual de restringidos círculos de científicos, filólogos o poetas-filólogos. Pero justamente gracias a estos eruditos hubo en época helenístico-alejandrina un fervor de recuperación de libros y textos sólo paragonable, según la opinión de Rudolf Pfeiffer, a la del Renacimiento italiano, cuando la investigación laboriosa de los poetas y humanistas, desde Petrarca a Poliziano, condujo al redescubrimiento de tan gran parte de la herencia clásica y a la formación de las grandes bibliotecas.

La circulación del libro se extendía cada vez más, salía de los ambientes meramente eruditos, encontraba un público más amplio, pero ¿de qué naturaleza? Después de la edad alejandrina, en la Roma imperial, Tácito —según cuenta Plinio el Joven, *Epist.* IX, 23— entró un día en conversación literaria en el circo con un vecino suyo, un hombre del estamento ecuestre; al final el caballero le pregunta:

«¿Eres de Italia o de una provincia?». Tácito responde: «Tú me conoces, me conoces por mis libros». Y aquél: «¿Eres Tácito o Plinio?». Por lo que parece el caballero no residía en Roma, pues en caso contrario, teniendo intereses literarios, debería haber conocido a Tácito, siquiera de vista; viene por lo tanto de provincias, pero conoce los libros de Tácito y Plinio: incluso en las provincias debía de haber hombres de cultura, lectores puestos al día y lo suficientemente numerosos como para que se pudiera tener a alguno de ellos como vecino ocasional en el circo de la capital del imperio. Por lo demás, ya Horacio (*Carm.* II, 20), Propertio (II, 7) y Ovidio (*Trist.* IV, 9, 19-22 y 10, 128) dan a entender que sus composiciones eran o podían ser conocidas en las regiones más remotas de la tierra. Así Horacio (*Ars. poet.* 345) dice también que los libros de éxito atravesaban el mar. Aún más: en Vienne se vendían libros de Marcial (VII, 88) y en Lyon se podían encontrar los de Plinio (*Epist.* IX, 11). Pero «la conversación del circo supera a todos los otros testimonios por la autenticidad y la espontaneidad de una escena de la vida cotidiana sorprendida por casualidad. Se ve a dos personas que no se conocen, unidas por la comunidad de la posición social y de los intereses literarios; y detrás de ellas muchas otras que por casualidad habrían podido participar en la misma escena o en una parecida: no millones, ni siquiera centenares de miles, quizá no más de unas decenas de miles, en los mejores momentos»¹⁸. El público culto, formado sobre todo por las capas favorecidas que han recibido una educación superior en las escuelas de retórica y por las personas cultivadas que están a su servicio (secretarios, correctores, bibliotecarios), es así pues una minoría, pero lo suficientemente numerosa como para poder sostener la actividad editorial y la circulación de los libros. Se trata de un público de lectores que se ha ido constituyendo en el mundo romano de manera lenta y más bien tardía (sólo delimitado perfectamente a partir del fin de la época republicana, de la generación de Cicerón y Ático), pero existente en la esfera helenístico-alejandrina desde el siglo III a.C.¹⁹ En esta época, de hecho, la organización de la cultura está ya definitivamente basada en el libro; éste, gracias a su amplia difusión crea un cosmopolitismo literario hasta entonces desconocido. En Roma y en todo el mundo grecorromano se fundan bibliotecas públicas, mientras crece cada vez más el número de las bibliotecas privadas²⁰, con una intensa circulación de libros entre los círculos de los literatos. A la función asignada a la palabra escrita en la edad

arcaica, la de divulgación y difusión de los textos en el tiempo, se añade ahora la de su difusión en el espacio. La escritura sustituye a la memoria, la producción libresca a los rapsodas itinerantes.

Con la tercera contribución, «Libro y público al final de la Antigüedad», de la pluma de quien ahora escribe, se entra en la época del códice, la forma definitiva que adoptó en la práctica el libro.

Se ha resaltado con gran número de argumentos, todos ellos de peso, que los primeros en difundir en el mundo grecorromano el códice como medio de comunicación escrita, como libro, fueron los cristianos ²¹ (hasta entonces el *codex* había sido en esencia una especie de *note-book* de uso privado, en todo caso algo distinto de un «libro»); en este sentido, se ha subrayado muchas veces la utilidad práctica como causa de la sustitución del rollo por el códice en el uso interno: forma más manejable (más adecuada para la localización de un pasaje, para la lectura, para el uso escolar), más capacidad (un códice podía comprender lo que estaba repartido en varios rollos, esto es, más libros de una misma obra o todos ellos, o más obras de un mismo o diversos autores) y una facilidad mayor para ordenar en un *corpus* o canon, seleccionándolos, textos de la Biblia o jurídicos (pilares uno y otros de la formación tardoantigua), pero también de los clásicos en una época más dispuesta a conservar cuanto le había quedado de la tradición antigua que a crear obras nuevas. A éstas se han añadido además otras motivaciones. Así, se ha recurrido incluso a factores más inaprehensibles, más fáciles de percibir que de describir, como que iniciaba su decadencia la edad de la retórica, el hombre tardoantiguo creía y aceptaba sólo cuanto estaba escrito en los libros y esta idea del libro estaba representada por el códice.

Estos motivos han desempeñado sin duda su papel ²², pero se imponen también otras consideraciones. El códice constituía un modelo de «recipiente textual» distinto del rollo, que estaba ligado a la cultura literaria tradicional y por lo tanto a un sistema educativo propio de las clases dominantes. El cristianismo, en su calidad de religión escrita abierta a todos, se apoyaba a su vez sobre capas de población alfabetizada con un nivel social y cultural diferente: capas constituidas no tanto (o no exclusivamente) por el tradicional público de lectores más o menos cultos acostumbrados al libro/rollo, sino también por otro público, que se puede denominar «público del códice», en el sentido de individuos capaces de leer y escribir pero que

carecían de instrumentos culturales refinados y estaban más acostumbrados y próximos a la cultura escrita bajo la forma de *tabulae* documentales y de *note-books* de uso cotidiano, aunque no les resultaban desconocidos los rollos que contenían textos simples o de un nivel literario más bien bajo. Se trataba de hecho por lo general de individuos que practicaban disciplinas técnicas o sólo modestas lecturas de escuela y que por ello utilizaban sobre todo libros en forma de códice, una forma que se adaptaba mejor, por sus «páginas», a una literatura de manual y de referencia, como la de los textos no sólo técnicos y profesionales (gramáticos, médicos, jurídicos), sino también de carácter sacro. Si a esto se añade el factor económico (con la misma extensión de texto había un ahorro notable de material escriptorio, puesto que el códice se escribía sobre el *recto* y el *verso* de la página, a diferencia del rollo, escrito normalmente sólo sobre *recto*), se justifica la elección cristiana a favor del códice, que se limitó sin embargo a los textos bíblicos, ya que los mismos cristianos continuaron usando en numerosas ocasiones el rollo para la literatura clásica y patristica. El texto bíblico y la tipología del códice llegaron así a estar íntimamente ligados. Pero fueron factores inherentes a las transformaciones de la cultura en la Antigüedad tardía los que poco a poco determinaron el uso generalizado del códice. En el mismo contexto de cambio de la tipología del libro se encuadra también el predominio del pergamino sobre el papiro como material escriptorio, aunque no se establezca una equivalencia forzosa entre papiro/rollo y pergamino/códice. Las *membranae* —los folios de pergamino— eran un soporte relacionado con la forma del códice, primero bajo la forma de «libretitas», después de verdaderos libros; es por ello bastante verosímil que —exceptuando a Egipto, área de producción del papiro, donde se usó todavía durante largo tiempo para las prácticas librerías— la adopción del pergamino en el resto del imperio romano se generalizase justo con la forma del códice ²³.

Un público nuevo, más numeroso, pedía el códice, que poco a poco se iba emancipando y adquiriendo la misma consideración como libro que el rollo, y los mismos lectores tradicionales de este último se veían obligados a adecuarse al tipo de producción que iba siendo la corriente. No obstante, el artesanado tradicional —constituido por los antiguos talleres de producción y venta directa del libro—, a pesar de todos sus intentos por renovar su repertorio, se halló con que se encontraba preparado para hacer frente a la presión

de un tipo de demanda nuevo y diferente: una consecuencia inevitable fue —puesto que la fuerza emergente, el cristianismo, se organizaba e institucionalizaba— la aparición de *scriptoria* eclesiásticos, incorporados a bibliotecas, monasterios y sedes episcopales, todos ellos en definitiva centros de producción de códices. Los mismos cristianos hicieron además uso constante de la práctica de la transcripción individual. Sobre todo en Occidente, de los talleres librarios sobrevive en esencia como único interlocutor ese público de clientes tradicionales que antaño había sido lo suficientemente numeroso como para poder sostener la producción literaria y libraria, pero que en la Antigüedad tardía se hacía cada vez más reducido y aislado: el público literario culto, aristocrático y pagano, pero que a partir de finales del siglo IV comenzó a convertirse al cristianismo, hasta llegar a demandar no sólo textos clásicos, sino también obras cristianas. Este último público no fue capaz —ni podía serlo— de oponerse al triunfo del códice, que por lo tanto acabó siendo utilizado por todo tipo de público y para todo tipo de textos.

El fin de la Antigüedad tardía marca la disolución de la relación entre libro y público, puesto que este último acaba por faltar como interlocutor. En Oriente la política autocrática de Justiniano debilita a la aristocracia culta hasta hacerla desaparecer; en Occidente las guerras contra los godos dispersan definitivamente al último público literario. Los dirigentes son escogidos entre técnicos (expertos en la estrategia militar, juristas y taquígrafos), y ya no entre los representantes de la tradición retórica clásica: la nueva clase dirigente no tiene cultura ni libros²⁴; no existe ya un público, sea pagano o cristiano, culto en cualquier caso, que encargue libros. Incluso el artesanado librario desaparece: hostigado primero por los nuevos *scriptoria* eclesiásticos, poco a poco acaba por ser suplido por ellos.

El libro continúa su vida en el interior de los monasterios y sedes episcopales, sin función alguna en el exterior de los círculos eclesiásticos²⁵; deberá esperar a los renacimientos macedonio en Bizancio y carolingio en la Europa medieval para reencontrar su relación con una sociedad más amplia; a partir del siglo XII tendrá un público de lectores en constante alza y por ello nuevos empresarios laicos; finalmente, a través de la investigación y la producción febril de los humanistas llegará a la época de la imprenta: la tecnología de Gutenberg. Era la segunda gran revolución del libro después del paso del

rollo al códice ²⁶, aunque el libro impreso, desde un punto de vista tipológico, es en sustancia el heredero directo del manuscrito.

¿Y hoy? Nuevas tecnologías han creado instrumentos de comunicación de masas que transmiten voces e imágenes (radio, cine, televisión, el más formidable de los *media*); y nosotros asistimos a su encuentro con la tecnología de Gutenberg. La imprenta está hecha de signos abstractos y fijos; cine, televisión y radio reproducen directamente la vida en su desarrollo real: la palabra hablada, incluyente y participativa, la presencia humana, la viva expresión de los gestos, de la mímica y de las voces han sido reintroducidas por las nuevas tecnologías, mientras que están excluidas de la cultura impresa. A través de los sonidos reales y la presencia viva, la cultura actual de masas reencuentra el carácter comunicativo inmediato, simultáneo y global de la cultura oral, aunque la relación empática de la oralidad antigua haya sido sustituida por la teleparticipación mental ²⁷.

Hay también otra trampa que amenaza la imprenta y el libro. Los libros escritos no tienen ya una existencia ligada exclusivamente a la palabra impresa; pueden ser confeccionados en el ordenador o digitalizados, pedidos o enviados a través de una pantalla a distancia ²⁸. «La representación electrónica de los textos modifica totalmente las condiciones de éstos: la materialidad del libro se ve sustituida por la “inmaterialidad” de los textos; a las relaciones de proximidad estable en el objeto impreso se opone la libre composición de fragmentos que pueden ser manipulados sin límite; frente a la percepción inmediata de la totalidad de la obra, que es visible por el objeto que la contiene, se sugiere la navegación en derrotas infinitas entre archipiélagos textuales sin riberas ni confines» ²⁹.

¿Está por lo tanto el libro destinado a desaparecer? Regresemos al mundo antiguo buscando ayuda en una consideración de Plinio el Viejo: es sobre todo de *charta* que está hecha la *humanitas*, y ciertamente de *charta* está hecha la memoria ³⁰.

Notas

¹ Me limito a remitir a E. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change. Communications and Cultural Transformations in Early Modern Europe*, Cambridge, 1979.

² La expresión es de Gius. Billanovich, introducción a la ed. it. de L. D. Reynolds-N. G. Wilson, *Copisti e filologi. La tradizione dei classici dall'antichità ai tempi moderni*, Padua, 1987³, p. IX.

³ Sobre esta cuestión, véase en general W. J. Ong, *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Londres-Nueva York, 1982.

⁴ Me limito a remitir a E. A. Havelock, *Preface to Plato*, Cambridge (Mass.), 1963, sobre todo pp. 36-60, y a B. Gentili, *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, Roma Bari, 1984.

⁵ R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship. From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age*, Oxford, 1968, p. 24 (trad. esp.: *Historia de la Filología Clásica. Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*, Madrid-Gredos, 1981).

⁶ Baste remitir a W. V. Harris, *Ancient Literacy*, Cambridge (Mas.)-Londres, 1989, pp. 65-115.

⁷ Sobre estas complejas cuestiones, véase el reciente trabajo de R. Thomas, *Literacy and Orality in Ancient Greece*, Cambridge, 1992.

⁸ Esta es la tesis fundamental de J. Svenbro, *Phrasikelia. Anthropologie de la lecture en Grèce ancienne*, Paris, 1988.

⁹ G. F. Nieddu, «Testo, scrittura, libro nella Grecia arcaica e classica: note e osservazioni sulla prosa científico-filosofica», *Scrittura e civiltà*, VIII (1984), pp. 213-61; G. Cerri, «Il significato di 'sphregis' in Teognide e la salvaguardia dell'autenticità testuale nel mondo antico», *Quaderni di storia*, XXXIII (1991), pp. 21-40.

¹⁰ E. Posner, *Archives in the Ancient World*, Cambridge (Mass.), 1972, pp. 91-110. La conservación en los archivos de estado se limita, con todo, en una edad más antigua, a los textos no literarios; sólo en el siglo IV se cuenta además con testimonios de conservación de textos literarios.

¹¹ Puede ser significativo establecer una comparación con lo que ocurrió en épocas bastante más recientes en Tahití y las islas circundantes —donde hasta ese momento se había conservado una organización meramente oral de la cultura— una vez que se introdujo la tipografía: «On constate [...] deux types d'imprimeries, celles des missionnaires pour la christianisation et celles des autorités coloniales dont la production la plus caractéristique est celle de textes législatifs» (G. Duverdier, «La pénétration du livre dans une société orale; le cas de Tahiti», *Revue française d'histoire du livre*, N.S. I [1971], p. 41).

¹² La interpretación del pasaje es discutida; pero ni el propio Turner excluye que el tono pueda ser sarcástico.

¹³ Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, *op. cit.*, pp. 27 s.

¹⁴ Havelock, *Preface to Plato*, *op. cit.*, pp. 40 s.

¹⁵ Duverdier, *La pénétration du livre*, *op. cit.*, pp. 27-49.

¹⁶ Sobre las vicisitudes de la biblioteca de Aristóteles me limito a remitir a L. Canfora, *La biblioteca scomparsa*, Palermo, 1986, pp. 34-7 y 59-66.

¹⁷ Pfeiffer, *History of classical Scholarship*, *op. cit.*, p. 17.

¹⁸ Para toda esta parte, relativa al público culto en la época imperial, véase E. Auerbach, *Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spätantike und im Mittelalter*, Berna, 1958, pp. 177-79.

¹⁹ Harris, *Ancient Literacy*, *op. cit.*, pp. 125-27.

²⁰ Sobre las bibliotecas en el mundo romano, véase recientemente H. Blanck, *Das Buch in der Antike*, Munich, 1992, pp. 152-78.

²¹ Es la tesis de C. H. Roberts - T. C. Skeat, *The Birth of the Codex*, Oxford, 1983. Pero véanse las fundadas objeciones de J. van Haelst, «Les origines du codex», en A. Blanchard (ed.), *Les débuts du codex*, Turnhout, 1989, pp. 13-35.

²² Sobre estas causas insiste W. V. Harris, «Why Did the Codex Supplant the Book-Roll?», en *Renaissance Society and Culture. Essays in Honor of Eugene F. Rice, Jr.*, J. Monfasani y R. G. Musto (eds.), Nueva York, 1991, pp. 71-85.

²³ Sobre esta cuestión, remito a mi trabajo «Libro e cultura scritta», en *Storia di Roma*, Einaudi, IV, *Caratteri e morfologie*, Turín, 1989, pp. 693-734.

²⁴ Auerbach, *Literatursprache*, *op. cit.*, pp. 191 s.

²⁵ A. Petrucci, «Scrittura e libro nell'Italia altomedievale. I. Il sesto secolo», *Studi medievali*, ser. III, X (1969), pp. 185 s.

²⁶ Es obligado remitir a la obra clásica de L. Febvre - H.-J. Martin, *L'apparition du livre*, París, 1958.

²⁷ Véase cuanto escribe al respecto E. Morin, *L'esprit du temps*, París, 1962.

²⁸ Sobre el problema en general, véase G. Nunberg, «The Place of Books in the Age of Electronic Reproduction», *Representations*, XLII (primavera 1993), pp. 33-37.

²⁹ Son palabras de R. Chartier, «Dal codex allo schermo», *La rivista dei libri*, junio 1994, p. 5.

³⁰ Plinio el Viejo, *Nat. hist.*, XIII, 68.

EN EL MUNDO ANTIGUO

Los libros en la Atenas
de los siglos V y IV a.C.

por Eric G. Turner